

CAPÍTULO

1



Ah, diablos, V, me estás matando. —Butch O’Neal rebuscó entre el cajón de sus calcetines. Buscaba los de seda negra y encontró los de algodón blanco.

No, un momento. Sacó unos calcetines para traje formal. No era exactamente un triunfo.

—Si te estuviera matando, policía, elegir calcetines sería lo último en lo que pensarías.

Butch se volvió a mirar a su compañero de cuarto. Fanático, como él, de los Medias Rojas, era uno de sus dos mejores amigos.

Y resultaba que eran vampiros.

Recién salido de la ducha, Vishous llevaba una toalla alrededor de la cintura y exhibía los fuertes músculos del pecho y los brazos. Se estaba poniendo un guante para conducir de cuero negro, cubriendo su mano izquierda tatuada.

—¿Tienes que usar los negros con un traje formal?

V sonrió abiertamente, sus colmillos lanzaron destellos enmarcados por el bigote y la perilla.

—Son cómodos.

—¿Por qué no le dices a Fritz que te compre unos?

—Está demasiado ocupado en satisfacer su pasión por los trajes elegantes.

Últimamente Butch sacaba a relucir su Versace interior. Le encantaba la elegancia... Quién hubiera pensado en ese as-

pecto de su personalidad. En cualquier caso, se preguntaba por qué era tan difícil encontrar una docena de calcetines de seda en la casa.

—Se lo pediré por ti.

—Eres todo un caballero. —V se echó hacia atrás la negra cabellera. Los tatuajes de su sien izquierda se hicieron visibles por un instante y de nuevo quedaron cubiertos—. ¿Necesitas el Escalade esta noche?

—Sí, gracias. —Butch introdujo los pies en unos mocasines Gucci, sin calcetines.

—¿Irás a ver a Marissa?

Butch asintió.

—Necesito saberlo. Para bien o para mal.

Y tenía el presentimiento de que sería para mal.

—Es una buena hembra.

Claro que lo era, lo cual explicaba probablemente por qué no respondía a sus llamadas. Los ex policías aficionados al whisky no eran precisamente la relación ideal para una mujer, ya fuera humana o vampira. Y el hecho que ella no fuera de su especie no ayudaba mucho.

—Bueno, policía, Rhage y yo estaremos bebiendo algo en One Eye. Ve a reunirte con nosotros cuando termines...

Unos fuertes golpes, como si alguien estuviera machacando la puerta delantera con un ariete, les hicieron volver la cabeza.

V se subió la toalla.

—Maldita sea, ese idiota tendrá que aprender a usar el timbre de la puerta.

—Trata de hablar con él. A mí no me escucha.

—Rhage no escucha a nadie. —V trotó hacia el pasillo.

Cuando el estruendo amainó, Butch fue a revisar su abundante colección de corbatas. Escogió una Brioni azul clara, subió el cuello de su camisa blanca, y deslizó la pieza de seda alrededor del mismo. Cuando salió al recibidor, escuchó a Rhage y V charlando mientras sonaba de fondo «RU still down?» del grupo musical 2Pac.

Butch no tuvo más remedio que reírse. La vida lo había llevado a muchos lugares, la mayoría feos, pero nunca pensó que acabaría viviendo con seis guerreros vampiros y que se encon-

traría colaborando en su lucha por proteger su menguada y soterrada especie. Sin embargo, de alguna manera, él pertenecía a la Hermandad de la Daga Negra. Y él, Vishous y Rhage formaban, ciertamente, un increíble trío.

Rhage vivía con el resto de la Hermandad en la mansión situada al otro lado del patio, pero el trío se pasaba la mayor parte del tiempo en la casita donde dormían V y Butch. El Hueco, como ahora se conocía el lugar, era una vivienda de lujo comparada con los cuchitriles donde Butch había vivido. Él y V tenían dos habitaciones, dos baños, una cocinita, y un recibidor decorado en un agradable estilo «Sótano de Casa de Fraternidad» posmoderna: un par de sofás de cuero, un aparato de televisión con pantalla de plasma de alta definición, un fútbolín y bolsas de gimnasio por todas partes.

Cuando Butch entró en el salón principal, quedó impactado por la indumentaria que se había puesto Rhage para la noche: una gabardina de cuero negro le caía de los hombros a los tobillos. Una camiseta negra sin mangas se divisaba entre el cuero. Unas botas de puntera metálica resaltaban su enorme estatura, haciéndola superar los dos metros. Con ese atuendo, el vampiro estaba simple y llanamente hermoso. Incluso para un heterosexual certificado como Butch.

De puro atractivo, parecía romper las leyes de la física. Llevaba su rubio pelo corto por detrás y largo por delante. Los ojos, entre verde y azul, eran del color del mar de las Bahamas. Y su cara hacía que Brad Pitt pareciera un candidato a patito feo.

Era encantador, pero no un buen chico, desde luego. Algo oscuro, impreciso y letal palpitaba bajo la llamativa fachada, y eso se notaba al minuto de conocerlo. Daba la sensación de ser un sujeto que ajustaba sus cuentas con los puños mientras sonreía. Parecía capaz de mostrarse encantador mientras escupía los dientes.

—¿Qué dices, Hollywood? —preguntó Butch.

Rhage sonrió, descubriendo una espléndida dentadura perlada con largos caninos.

—Que es hora de irnos, policía.

—Maldición, vampiro, ¿no tuviste suficiente anoche? Esa pelirroja parecía cosa seria. Igual que su hermana.

—Ya me conoces. Siempre hambriento.

Por fortuna para Rhage, había un inacabable flujo de mujeres más que felices de satisfacer sus necesidades. Y aquel sujeto tenía muchas necesidades. No bebía. No fumaba. Pero le gustaban las damas como a nadie que Butch hubiera visto jamás.

Y Butch no conocía a muchos santurriones.

Rhage se volvió a mirar a V.

—Ve a vestirme, hombre. A menos que quieras ir a One Eye vestido sólo con una toalla.

—No metas prisas, hermano.

—Entonces mueve el trasero.

Vishous se levantó tras una mesa tan llena de equipos informáticos que provocaría una erección a Bill Gates. Desde su centro de mando, V dirigía la seguridad, toda la red de cámaras y sensores de la residencia de la Hermandad. Controlaba la casa principal, las instalaciones subterráneas de entrenamiento, la Tumba y su Hueco, así como el sistema de túneles subterráneos que conectaban todas las edificaciones. Lo vigilaba todo: las contraventanas retráctiles de acero instaladas sobre todas las ventanas; los cerrojos de las puertas de acero; la temperatura de las habitaciones; las cámaras de seguridad; las verjas.

V había instalado solo todo el sofisticado equipo, antes de que la Hermandad se mudara allí hacía tres semanas. Los edificios y túneles habían sido construidos a principios del siglo XX, pero en su mayor parte no se habían utilizado. Sin embargo, después de lo ocurrido en julio, se tomó la decisión de reforzar las operaciones de la Hermandad, y todos habían ido allí con esa intención.

Cuando V fue a su habitación, Rhage sacó del bolsillo una piruleta, rasgó el papel rojo y se llevó el caramelo a la boca. Butch notó que el sujeto lo observaba fijamente. Y no le sorprendió que el hermano empezara a hostigarlo.

—No puedo creer que te hayas engalanado de esa manera sólo para ir al One Eye, policía. Es decir, es demasiado, incluso para ti. La corbata, los gemelos... todo es nuevo, ¿no es cierto?

Butch se aflojó la corbata Brioni y estiró el brazo para tomar la chaqueta Tom Ford que hacía juego con los pantalones negros. No quería ahondar en el asunto de Marissa. La simple mención del tema con V ya había sido suficiente. Además, ¿qué podía decir?

«Me temblaron las piernas cuando la conocí, pero lleva tres semanas evitándome; así que, en lugar de darme por enterado de su rechazo, iré a su casa a rogar, como un fracasado, como un desesperado».

Sí, en verdad le gustaría gritárselo a la cara a don Perfecto, aunque fuera un buen amigo.

Rhage hizo girar la piruleta dentro de la boca.

—Dime una cosa. ¿Para qué quieres esa ropa, si luego no aprovechas todo tu encanto? Es decir, te he visto rechazar a hembras en el bar todo el rato. ¿Te estás guardando para el matrimonio?

—Sí. Así es. Haré vida de santo hasta que llegue al altar.

—Vamos, en serio, siento curiosidad. ¿Te estás guardando para alguien? —Cuando el silencio fue la única respuesta, el vampiro rió por lo bajo—. ¿La conozco?

Butch entornó los ojos, diciéndose que quizás la conversación terminara antes si mantenía la boca cerrada. Aunque probablemente no daría resultado. Cuando Rhage comenzaba, no cejaba hasta que él mismo decía que era hora de hacerlo. Hablando le pasaba lo mismo que matando.

Rhage meneó la cabeza, pesaroso.

—¿Y ella no te quiere?

—Eso lo averiguaremos esta noche.

Butch comprobó cuánto dinero llevaba. Dieciséis años como detective de homicidios no habían logrado llenar sus bolsillos. Y ahora que estaba con la Hermandad tenía tantos billetes verdes que era imposible gastarlos con la debida rapidez.

—Tienes suerte, policía.

Butch se volvió para mirarlo.

—¿Por qué lo dices?

—Siempre me he preguntado cómo será eso de sentar la cabeza con una hembra que valga la pena.

Butch rió. Aquel individuo era un dios sexual, una leyenda erótica para toda su raza. V había dicho que las historias sobre Rhage se transmitían de padres a hijos cuando llegaba el momento. La idea de que se rebajara a ser el esposo de alguien le resultaba absurda.

—Bien, Hollywood, ¿adónde quieres llegar? Vamos, dílo de una vez.

Rhage dio un respingo y desvió la mirada.

No se lo podía creer, el tipo estaba hablando en serio.

—Oye. Mira, no era mi intención...

—No, no pasa nada. —La sonrisa reapareció, pero los ojos permanecieron inexpresivos. Dio unos pasos hasta la papelera y dejó caer el palo de la piruleta.

—¿Ya podemos irnos? Estoy harto de esperar, imbéciles.

* * *

Mary Luce aparcó en el garaje, apagó el motor de su Civic y se quedó mirando las palas para la nieve que colgaban de unos ganchos frente a ella.

Estaba cansada, aunque su jornada no había sido agotadora. Responder a las llamadas telefónicas y rellenar documentos en un despacho de abogados no era lo que se dice un trabajo duro. De manera que, en realidad, no debería sentirse extenuada.

Pero tal vez la razón era precisamente lo sencillo de tal labor. No constituía un desafío, no la estimulaba; y ella se estaba marchitando.

¿Había llegado la hora de volver a sus niños? Después de todo, eso era lo suyo, lo que había estudiado. Lo que amaba. Lo que la nutría. Trabajar con sus pacientes autistas y ayudarlos a encontrar vías de comunicación le había dado muchas satisfacciones, tanto personales como profesionales. Y la pausa de dos años no había sido decisión suya.

Quizás debía llamar al centro, para ver si tenían alguna vacante. Y aunque no la tuvieran, podía acudir como voluntaria hasta que hubiera un hueco.

Sí, mañana haría eso. No había razón para esperar.

Mary tomó su bolso y salió del coche. Mientras la puerta del garaje bajaba lenta y ruidosamente, ella se encaminó hacia la parte frontal de su casa y recogió el correo. Revisando facturas, hizo una pausa para respirar con placer el aire de la fría noche de octubre. Sus fosas nasales vibraron. El otoño se había llevado los malos olores del verano hacía ya más de un mes. El cambio de estación se anunciaba mediante las ráfagas de viento frío procedentes de Canadá.

Le encantaba el otoño. Y esa estación le parecía especialmente maravillosa en el norte del estado de Nueva York.

Caldwell, Nueva York, la ciudad donde había nacido y muy probablemente moriría, estaba a más de una hora del norte de Manhattan, de manera que técnicamente se consideraba «el norte del estado». Cortada en dos por el río Hudson, Caldie, como era conocida por los nativos, era como todas las ciudades medianas de Estados Unidos. Zonas ricas, zonas pobres, zonas desagradables, zonas normales. Wal-Marts, Targets y McDonalds. Museos y bibliotecas. Centros comerciales. Tres hospitales, dos universidades públicas y una estatua de bronce de George Washington en la plaza.

Echó hacia atrás la cabeza y miró las estrellas, pensando que nunca se le ocurriría marcharse. Por lealtad o por falta de imaginación, no estaba muy segura.

Quizás era su casa, pensó mientras caminaba hacia la puerta principal. El granero transformado en hogar estaba situado en el límite de una antigua granja, y ella había hecho una oferta por él quince minutos después de echarle un vistazo con el agente inmobiliario. Dentro, los espacios eran acogedores y pequeños. Era... encantador.

Por esa razón la había comprado cuatro años antes, justo después de la muerte de su madre. Por aquel entonces necesitaba algo acogedor, y también un cambio total de atmósfera. El coqueto granero era todo lo que su hogar de la niñez no había sido. Aquí, los tablones de pino del piso eran del color de la miel, barnizados, no pintados. Sus muebles eran de Crate and Barrel, todo moderno, nada usado ni antiguo. Las alfombras eran de fibra con un ribete de ante. Y todo, desde el tapizado del mobiliario hasta las cortinas, paredes y techos, era de color crema.

Su aversión a la oscuridad había actuado como un invisible decorador. Todo eran variaciones de beige, y combinaban bien.

Dejó las llaves y el bolso en la cocina y descolgó el teléfono. «Tiene... dos... mensajes nuevos», dijo la mecánica voz del aparato.

«Hola, Mary, soy Bill. Escucha, voy a aceptar tu oferta. Si puedes sustituirme en la línea directa esta noche, sólo cosa de una hora, sería maravilloso. A menos que te comuniques conmigo y me digas lo contrario, presumiré que todavía estás libre. Gracias otra vez».

Borró el mensaje.

«Mary, llamo del consultorio de la doctora Della Croce. Nos gustaría que vinieras para tu reconocimiento trimestral de rutina. ¿Podrías llamar cuando recibas este mensaje, para darte cita? Te haremos un hueco. Gracias, Mary».

Mary colgó el teléfono.

El temblor le comenzó en las rodillas y ascendió por los muslos. Cuando llegó al estómago, pensó en ir al baño.

Reconocimiento de rutina. Te haremos un hueco.

«Ha vuelto», pensó. «La leucemia ha vuelto».